

EN TORNO A LA CENA JOCOSA

Por *Antonio Linage Conde*
Universidad de San Pablo

Et in lumine tuo videbimus lumen.
Para Alfonso Perras

POETA jocoso el nuestro que, sin embargo, imprimió a sus sonetos religiosos tanta fuerza perenne como para que don Francisco Rodríguez Marín facilitara algunos al tan célebre jesuita Mir a fin de ser incluidos en el devocionario de éste *Al pie del altar* (1), y de uno de ellos, el titulado sencillamente *A Jesús* (2), dijera ser «una admirable jaculatoria llena de fervor que debiera recitarse en todo hogar cristiano» y haber podido ser escrita por San Juan de la Cruz o Santa Teresa. Ciertamente que la distancia es grande de éstos a otros frutos de la vena poética del simpático vate sevillano que en ningún lugar como en Jaén dejó la huella de su popular recuerdo renovado; pero, a pesar de ello, no podemos hablar de incompatibilidad en modo alguno. Y quienes nos hemos criado en ambientes católicos de los de la primera mitad del siglo XX no extrañamos el tránsito de los fervorosos anonadamientos a los desenfadados vitales de buena ley, sí susceptibles de escandalizar o chocar, al menos, a otras interpretaciones del cristianismo.

Ello desde luego igualmente concorde con la reacción íntima que el poeta nos deja entrever a una crisis de la cual no conocemos los detalles y le sobrevivimos con la viudez, haciéndole verse un tanto cual poseído del diablo nada menos, pero por ello mismo si cabe más plenamente seguro de su fe

(1) Madrid, 1902.

(2) Este soneto era la glosa de una jaculatoria muy popular, la cual comenzaba «Jesús sea en mi cabeza y en mi entendimiento — Jesús sea en mis ojos y en mi alumbramiento», y por su parte Alcázar, «Jesús, bendiga yo tu santo nombre;— Jesús, mi voluntad en ti se emplee».

y la consiguiente visión del mundo y el hombre: *No hay humano exorcismo ni correa para lanzarle. Y aún: Tan desvalido, que aun a Dios no invoco, pues ¿qué hará el castellano miserable que en tanto estrecho y confusión se halla?* (3).

Y en cuanto a la expresión estilística, sí podemos también sostener que no hay saltos bruscos en el escritor hispalense al pasar de unas a otras manifestaciones de sus inquietudes y expansiones con la consiguiente diferencia en sus argumentos. Siempre de la mano de la soltura, pero sin caer en la garrulería nunca a pesar del desborde de aquélla, una soltura... y a la grata pluma de Rodríguez Marín volvemos, «tan sobria que no puede quitársele palabra, acompañada siempre de una flexibilidad y una finura de entendimiento tales, que juega con las ideas a la par que con la forma de su expresión, y vuelve y revuelve y modifica gallarda y artísticamente las unas y las otras, como conviene a su propósito, asombrando a la vez que deleitando a sus lectores.

Dispongámonos pues a disfrutar de su *Cena jocosa*.

Pero pidiendo la venia para hacer algunas digresiones comparativas o previas.

OTRAS DOS COLACIONES LITERARIAS

Sendas cenas constituyen el argumento de dos relatos novelescos del siglo XX. Uno de la primera mitad, *El festín de Babette*, de la tan sugestiva escritora danesa, por su obra y su vida, Karen Blixen; otro de la segunda, *Mejillones para cenar*, también debido a una mujer, la alemana Birgit Vanderbeke (4).

La cena que prepara Babette no es solamente opípara sino suntuosa, nos atrevemos a decir magnificante en su materia y en su espíritu, y se la ofrece a sus amigos del exilio. Ella es una restauradora parisiense que se ha refugiado en un pueblo de Dinamarca como doméstica de las dos hijas

(3) «Y, muerta su mujer, metióse Alcázar por tan mal camino y cogióle tan a su saber el diablo que bien se echa de ver entre las turbiezas retóricas de una de sus composiciones, que no le quedaban resolución y aliento para defenderse y libertarse», comenta Rodríguez Marín en su extensa y aguda introducción a la edición de sus *Poesías* en la «Biblioteca Selecta de Clásicos Españoles» de la Real Academia Española (1910). Es sorprendente la intuición con que el sabio de Osuna, en la urdimbre de muy pocos datos, es capaz de reconstruir un ánima.

(4) Acaba de publicarse en Barcelona su traducción por Marisa Presas; en su país obtuvo el premio Ingeborg Bachmann.

solteras de un pastor protestante que tuvo mucho predicamento espiritual en el país. En el banquete invierte el premio que le ha tocado en una lotería del suyo. De manera que para ella, la cena es todo un símbolo de unos mejores tiempos idos, los de la juventud, la prosperidad y la tierra nativa. Pero encarnando a la vez la definitiva ascunción, sin amargura, de la situación nueva, y también dejándonos el regusto consolador de que, no solamente el pasado no tiene retorno, sino de que lo que alguna vez ha sido sigue existiendo de una cierta forma, siendo a fin de cuentas no únicamente pasado, sino un tanto presente y por consiguiente futuro.

En cambio, la otra cena literaria posterior, es amarga. La enorme fuente de mejillones en que consiste corresponde al gusto del cabeza de familia, el cual no coincide, sino al contrario, con el de su mujer y sus dos hijos. Aquél se retrasa. Y los otros tres cenan en su ausencia, pero devanando a la vez contra él los agravios de toda su convivencia. Por lo tanto está en las antípodas del relato danés. Pues lo que representa es el repudio por los personajes de su situación vital y actual. Y la coordenada del pasado ni siquiera hace acto de presencia.

Ahora bien, en estos dos argumentos, la situación que los protagoniza, la cena de cada uno, no se contempla únicamente, no se identifica con su respectivo menú, por más que en ambas éste desempeñe un papel que le hace ineludible para la comprensión de aquéllos (5). Queremos decir que también es decisiva la motivación del acto de cenar, y ello igualmente en los dos tan diversos casos.

El menú de Babette se compone de los mejores y más entrañables platos de sus buenos tiempos de París, mucho más valiosos los tales en ese rincón lejano de Escandinavia, donde hay que hacer llegar sus ingredientes a peso de oro y preservarlos con personal esmero. De ahí su entronque en la entraña del relato a él externo y lo más íntimo de su significación. Correspondiendo a su diverso tono los mejillones a que se reduce el ágape de la otra novelita desagradables para los comensales, y no solamente por que lo sean a su paladar, sino por llevar ello consigo el desagrado más profundo que les inspira el personaje ausente que los impone en la mesa familiar.

Pero aun así, a pesar de esta trascendencia de los platos —el plato nada más en el segundo caso—, la trama argumental no tendría sentido con

(5) Tan concreto el menú de Babette que, cuando la película en él inspirada se exhibía en Madrid hace unos pocos años, un restaurante de la vecindad del cine donde ello tenía lugar, le ofreció en la realidad, a un precio astronómico naturalmente.

unos comensales distintos, o sea de las gentes del pueblo de refugio y convivencia de la anfitriona, y la mujer y los hijos del gustador de los mejillones respectivamente.

Una consideración sobre la que habremos de volver cuando de la cena jocosa pasemos a tratar, por ver si a su luz se puede predicar algún parentesco entre ella y estas otras.

Mas ahora hemos de volver de la obra al hombre.

ENTRE EL AUTOR Y LOS LECTORES

Y es que ante cualquier texto literario, está puesto en razón que nos preguntemos por el quid de la interpretación a buscarle. Pero en unos casos con más imperatividad y dificultad que en otros. No siendo desde luego la *Cena jocosa* de los menos proclives a exigirnos una toma de postura. Yendo al grano, ¿el exégeta ha de intentar reconstruir el mensaje del autor? ¿O desplegar el suyo propio?

Por supuesto que la obra literaria —como la artística— tiene una realidad propia, en sí, independizada de su creador. Por eso precisamente puede definirse cual creación su alumbramiento. Y esa independencia y sustantividad le hacen susceptible de unas infinitas posibilidades herméticas a la medida de cada lector (6). Lo que no quiere decir carezca de interés saber cual fue la del autor. Entre otros motivos por llevar ello consigo un factor de enriquecimiento de la propia. Y entrando su descubrimiento en consecuencia y, hay que reconocerlo, privilegiadamente, en la misión del intérprete, a la par que las demás interpretaciones posibles, en cuanto su escudriñamiento sea viable por ostentar alguna objetividad, no dependiente del albedrio imprevisible del individuo de turno.

Todo lo cual viene a propósito de la conveniencia de relacionar las estrofas cantarinas de la *Cena* de Baltasar de Alcázar con los avatares de la vida de éste.

(6) Son interesantes desde este punto de vista los libros de HAROLD BLOOM: *A map of misreading* (1975); *The anxiety of influence: a theory of poetry* (1973); *Kabbalah and criticism, y Ruin the sacred truths. Poetry and belief from the Bible to the present.*

UN RESIDENTE EN LA TIERRA

Una existencia, la del poeta, de la que nos interesan dos etapas, en cuanto valen por sendos aspectos constantes, dimensiones vitales muy sustantivas, y acaso más si su portador es un hombre de letras. Se trata de la milicia y la administración, y ésta de intereses un tanto particulares, algo por lo tanto más difícil de hacer derivar a un sosegado medio de vida —ésto no implica de nuestra parte juicio negativo alguno— como en algún caso el del funcionario público.

De la supuesta incompatibilidad entre las armas y las letras se ha hablado mucho. Lo cual resulta natural, ya que a la luz de la experiencia, en ámbitos como éste desde luego el criterio decisivo, carece de cualquier fundamento. Ciertamente que las armas implican la acción, y en las letras es en cambio ineludible algún germen contemplativo. Pero, ¿acaso precisamente por eso, la necesidad de algún contraste en la vida individual haya determinado tantos escritores militares? (7).

De lo que no cabe duda es de la probabilidad de que tal dedicación influya de algún modo en la literatura de los entregados a ella, y anticipando el caso concreto de Alcázar, parece posible opinar que ambos oficios, la acción bélica y la inmersión en las cuestiones materiales de la economía y la sociedad, se conjugaron para darle un cierto asentamiento en la tierra, de donde remontar, pero sin perder su tal asidero, a la elaboración poética, la de la vida en torno concretamente.

En las armas «fue destrísimo, de gentil disposición y mucho esfuerzo, militó en las galeras y naves de don Álvaro de Bazán, primer marqués de Santa Cruz (8), mucho tiempo, y en su compañía alcanzó varias victorias contra franceses, con opinión de gran soldado (si bien las alcanzó mayores de sí, sabiéndose reportar en apretadas ocasiones). Fue de ellos preso una vez, y su valor y aspecto les obligó a darle libertad». Aspecto que podemos conocer precisamente gracias al pincel del mismo hombre por cuya pluma nos constan estas noticias, y todas las demás que de Alcázar sabemos, aparte algunas aclaraciones complementarias a las mismas que pudo bucear en los archivos Rodríguez Marín. Se trata del suegro y maestro de Velázquez, Fran-

(7) Si cotejamos otros dos menesteres, el médico y el jurídico, es evidente el mayor gusto por el cultivo de las letras entre los del primero. A pesar de que los segundos trabajamos mediante el papel y lo escrito.

(8) Rodríguez Marín hace conjeturas en torno a los hechos de armas en cuestión.

cisco Pacheco (9), quien le dedicó uno de sus retratos beneméritos. Y de veras que su faz impone, entre sufridor y despótico, pintiparada cual espejo de la condición humana sin más, asumida en toda la plenitud posible *in hac lacrimarum valle*. Nos dice también que, fue muy estudioso y aventajado en las lenguas vulgares y particularmente en la latina y obras de los poetas clásicos, con suma afición a Marcial, cuyo imitador fue en las gracias; dióse con sabrosa afición a la curiosidad de secretos naturales, de metales, piedras, yerbas y cosas semejantes, en que alcanzó gran conocimiento».

En cuanto a sus dotes de administrador le venían de herencia. Era de la familia de Pedro Martínez del Alcázar, el sobrino del maestre de Uclés que fue agraciado en el repartimiento de Sevilla por San Fernando (10). Su abuelo, Pedro del Alcázar, fue veinticuatro de la ciudad, y por algún tiempo arrendador y recaudador mayor de las rentas de su arzobispado y del obispado de Cádiz e Islas Canarias. Su padre, el jurado Luis del Alcázar, era un segundón, que tuvo once hijos de su matrimonio con Leonor Garabito, y de las siete hembras tres fueron monjas. La vida que sigue. El fue alcaide y alcaide mayor, casi unos veinte años, por los segundos duques de Alcalá, Fernando Enríquez de Ribera y Juana Cortés, en la villa de Los Molares, cerca de la Utrera de los hermanos Quintero, «un lindo y alegre pueblo de cien casitas ensaladas blancas como la nieve, al limpio estilo de toda Andalucía». Y de 1584 a 1589 —había nacido en 1530— administró el condado de Gelves, por Jorge-Alberto de Portugal. En 1565 se había casado con María Aguilera, de la que no hubo sino una hija, Leonor, monja en San Leandro con sus tías Bernardina y Beatriz. Del principio de su retiro en su Sevilla natal (11) es su correspondencia poética con Gutierre de Cetina, en ella éste Vandalio; y Baltasar, Damón. Y ahora volvemos a ceder la pluma al Bachiller de Osuna, para enterarnos de cómo nuestro hombre «a pesar de haber conocido antes a Marte que a Venus, rindió culto a esta

(9) Cuando QUINTANA publicó su antología de *Poesías selectas castellanas desde el tiempo de Juan de Mena hasta nuestros días* (1830), sólo podía decir del Marcial sevillano (I, 320), ser «un poeta que vivía a principios del siglo XVII, ignorándose las demás circunstancias de su vida». *El libro de retratos* de Pacheco se publicó en 1886, pero ya antes, en la edición de las obras de Alcázar de la Sociedad de Bibliófilos Andaluces, en 1878, se habían dado sus noticias.

(10) No tenían fundamento los rumores de haber sido judaizantes.

(11) Acaso merecería la pena determinar si puede hablarse, tanto en esta época como en la posterior, de escuela poética sevillana. Y lo decimos por dar pie a meditaciones útiles en torno al factor individual y al colectivo, al personal y al ambiental, en la inspiración y creación artística y sus modalidades; véanse los dos primeros capítulos («Panorama de Sevilla en la Edad de Oro» y «¿Puede hablarse de una escuela poética sevillana en la Edad de Oro?») del libro de Alberto Sánchez, *Poesía sevillana en la Edad de Oro* (Madrid, 1948).

diosa y a su hijo, el *Rapaz ceguezuelo*, toda su larga vida. En su mocedad cantó, inspirado por la más avasalladora de las pasiones, ya en irreprochables poemas del gusto italiano, entonces nuevo en España, o ya en gentiles coplas del neto veduño de Castilla y que deslizan como agua que corre de copiosa fuente, casi a cuantas mujeres hermosas halló en su camino.

A partir de 1590 se le van muriendo sus parientes y amigos, pero su humor es bastante como para que escriba redondillas al mal de la gota, que compara con el amor a pesar de ocasionarle tantos dolores. «Todavía, cumplidos los setenta años de su edad, lozaneaba gentilmente, burlando de sí mismo, en composiciones como una dirigida *A Isabel*, y muchos de sus epigramas, aun de los más desenfadados, parecen escritos en la senectud; a lo menos, en su casa, tenía en los últimos años de su vida criada de los nombres que en aquéllos más abundan: María, Catalina, Inés», e incluso «cuando ni a pie ni a caballo podía andar, no había perdido el gracejo» para escribir algo tan gallardo como las coplas *A los cuartos sellados*, de argumento algo así como una modificación de la Ley del Timbre, o dedicar a Francisco Pacheco las ascéticas redondillas de *El trueno*, «desengaño de vida o por decir mejor disposición para morir». Por «el impedimento que tiene en la mano derecha», nos dice el notario que autorizó su testamento, en favor de una sobrina, puesto que su hija estaba a cubierto tras de las rejas de la clausura, el 7 de diciembre de 1606, no pudo firmarlo. Y murió el 16 de enero del año siguiente. Sin que Rodríguez Marín pudiera dar con sus huesos, ni en «la capilla de sus padres y abuelos» en San Leandro ni husmeando en otros templos y sus libros.

Y, a pesar de todo, ahí tenemos la vena abierta para leer, releer, bucear, deleitarnos, en ese supremo placer de los ojos abiertos al texto escrito que nos ha dejado. ¿O se pueden poner puertas al campo de preguntas tales cual si el *Diálogo entre dos perrillos* anticipa el cervantino de Cipión y Berganza? Aunque precisamente ese desenfado que en Alcázar llega a argumental también lo tenía en su dejarse llevar de la espontaneidad de sí mismo —«escribió lo que le dictaron su corazón y su fácil ingenio»—, «sin traducir ni glosar a griegos, latinos e italianos», por lo cual el mismo bachiller de Osuna comentaba que el Brocense se habría sentido muy molesto ante la parsimonia de su cantera para su tarea de cazador de fuentes. Mas los versos, los suyos y tantos, están ahí. Como de sus libros confiaba Quevedo a su soneto: «Si no siempre entendidos, siempre abiertos —o enmiendan, o fecundan mis asuntos—; —y en músicos, callados contrapuntos— al sueño de la vida hablan despiertos». Recordando el lamento de Jorge Guillén, «nunca me perdonaré de no haber tomado con Juan Ruiz café», Manuel

Alvar apostilla (12), «pero, ¿y el *Libro de buen Amor*?». Y sigue: «Gracias al texto impreso, hoy podemos ser más felices: escuchamos maitines con San Juan de la Cruz; camino de media mañana nos sentamos con aquella jocundidad andante que fue el Arcipreste; al medio día nos acoge la plenitud luminosa llamada Garcilaso; a media tarde, la pasión desbordada que quiso decirse Lope; al anochecer, los reflejos solemnes de Jorge Manrique, y, en la noche cerrada, pero serena siempre, fray Luis». ¿Y la *Cena jocosa*?

Vayamos a ella. A la nuestra pero invitados por Baltasar del Alcázar. Por eso no ha sido ocioso cuanto hemos dicho para presentarlo.

LA COMPOSICIÓN DE LUGAR

Vaya por delante nuestro propósito de prescindir, comenzando por los efectos expositivos, de la popularidad de la pieza. Hace poco hemos tenido una de tantas ocasiones de comprobarla. La Casa de León celebraba en la Villa y Corte la cuadragésimo-quinta fiesta del Botillo (13). El mantenedor, Alfonso Lago Carballo, evocó la *Cena jocosa*, para opinar que, de haber conocido Alcázar el embutido berciano, lo habría sustituido en la tal a la morcilla. Mas cerremos los ojos a toda esta estela. Cual si nuestras estrofas acabaran de ser descubiertas en el recoveco insospechado de una estantería olvidada y náufragas en el polvo.

¡Y cuánto vamos a echar de menos la pluma del maestro Azorín! (14) El poeta cena con Inés, su hermana (15). La mesa está puesta. A lo largo de la descripción no se menciona a nadie que la sirva. Inés, en cambio, atiende al poeta durante ella. Fijémonos en que no se trata de su esposa o amante. Y que no hay más comensales. Pero nuestro anfitrión está animado. Por ningún resquicio deja que se filtre cualquier melancolía, y mucho menos angustia, de solitario. A lo cual nos preguntamos, teniendo ahora en cuen-

(12) *Responsabilidad del lector*, ABC, 29 de febrero de 1992.

(13) En la cual estaba presente el académico berciano Valentín García Yebra, gracias al cual la palabra figurará también con su acepción gastronómica en la próxima edición de nuestro Diccionario oficial.

(14) De quien confesamos ignorar si se ha referido, en alguna de sus inmersiones en los clásicos, a nuestro poeta y su poema.

(15) Sabido es que hay dos versiones de la pieza. En la segunda —llamamos así a la menos difundida que sustituye la mención giennense por la de Redonda—, no se alude a tal parentesco. Véanse ambas en los *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII* (ed. Adolfo de Castro; «Biblioteca de Autores Españoles», 32), págs. 407-408.

ta los datos que de su paso por la tierra conocemos, si fue un optimista. Para respondernos que, más que de esa cualidad, fue de un realismo vital de lo que estuvo en posesión. Cual si hubiera aprehendido definitivamente lo que la vida siempre tiene de merecedor de vivirse, incluso cuando las sombras avasallan a las luces. De paso sea dicho, no olvidemos tampoco que, además de versificador, fue dibujante y músico (16).

Ahora bien, ¿por qué no se siente sólo mientras cena al lado de su hermana? ¿acaso por llevar consigo alguna vena eremítica? ¿por no apetecerle la compañía de los hombres ni si quiera de las mujeres? Desde luego que no. Y no lo negamos por lo que de él sabemos, sino que el texto cantarín nos bastaría para ello. Pues en esta velada el poeta está solo por el imperativo de una circunstancia inocua que no hace falta se nos diga. Pero la adivinamos pensando en gentes con las cuales ha compartido otras y espera seguir haciéndolo. Y que incluso en esta ocasión, de una manera invisible, están compartiendo también la mesa y el mantel que tenemos delante.

Y de ahí podamos estar seguros de que nos ha invitado a nosotros, de que nos está invitando, de que los lectores estamos invitados a cenar, en confianza, con él y con Inés. Por eso vamos a emplear el plural, que no por nostalgias algunas, en este caso, de ínfulas episcopales. Plural que no va a equivaler pues, únicamente al ensanchamiento del expositor, sino también a la interpretación amplificadora del mismo argumento.

LA CONVERSACIÓN

El poeta va a contar a Inés una historia interesante. Una historia que ha ocurrido en Jaén, la ciudad donde él vive. ¿Qué ha ocurrido, o qué está ocurriendo? Porque de su tono deducimos sin esfuerzo que no se trata de algo enteramente pasado, cuyas consecuencias se hayan desvanecido. En efecto, estamos ante «la cosa más brava de él». Es decir, el relato va a serlo de unos hechos cuya huella sigue presente en el protagonista, quien está ni más ni menos que en posesión de la tal.

El protagonista es don Lope de Sosa, un convecino del poeta. Parece persona conocida. Por lo menos lo es de la interlocutora, ya que aquél no tiene que presentárselo. Si bien, conocido, pero no tanto. Pues en otro caso no habría sido necesario puntualizar que vivía en Jaén.

(16) A Pacheco le regaló un libro de sus paisajes.

Y este conjunto de detalles es excitante del interés, hasta convertirlo en una cierta intriga. Que lo insospechado lo es más si se descubre en una persona perteneciente a la cotidianidad ordinaria de uno. Y, de veras que a la mayoría de los lectores de la *Cena*, a pesar de ser ésta copiosa, les ha dejado con el apetito de la continuación del lance. Habiendo incluso despertado en alguno que otro el deseo, estamos seguros, de continuarlo por su cuenta, si es que acá o acullá no ha llegado ello a hacerse.

Y bien, don Lope, el vecino de Jaén, de quien se va a contar la historia extraordinaria, tuvo un criado portugués. ¿Llega este extremo incitante, a chocarnos? Desde luego que no. Pero hemos de confesar que ya nos suscita un asomo de sabrosidad en el argumento. Porque la circunstancia de que algo tan notable y tan decisivo para don Lope como se nos ha prometido tenga su origen en una relación de servicio con un criado, y a su vez venga determinado un tanto por el origen, forastero y algo lejano, de éste, nos hace presagiar todavía más un lance en principio complicado y denso.

Pero, sin embargo, los dos interlocutores están ante la mesa puesta, los platos preparados y las tazas del vino servidas. Y hay que cenar. Lo cual, literalmente nos lo dice el poeta, es una «fiesta».

Y una cena que hace definitivamente conversación del monólogo. Y decimos definitivamente porque en el tono del narrador ya estaba sin duda implícita la vena comentadora e interrogante de la destinataria de su relato. Ahora los bocados van a enriquecer siempre, y en algunos momentos hasta suplir, al propio lenguaje.

BONUM VINUM LÆTIFICAT

Una fiesta que comienza por ese vino que, según la Sagrada Escritura, y por supuesto que Baltasar aquí no se olvida de ella, alegra el corazón del hombre. Y no contrista el de la mujer. Tanto que, estamos ciertos de haber sido la prometida libación, que la colación no tanto, el decisivo estímulo para dejar colgada la intriga.

Sí, al poeta le gusta el vino. Tanto que le deleita beberlo de la bota cuando lo ha hecho ya, y podría seguir haciéndolo, de la taza. Y alterna varios durante la cena. Comenzando, y es un detalle que nos entronca con lo que de él sabemos, por un gesto piadoso, correspondiendo a su índole, de los que imprimen carácter permanente en la costumbre ordinaria del fiel cristiano practicante, el de bendecirlo. O sea la tan ortodoxa y hasta la ca-

nónica bendición de la mesa, sólo que con ese injerto de desenfado que supone hacerlo expresamente con el vino de su riego. Recuerdo que don Jean Leclercq, el benedictino tan espléndido conocedor de las mentalidades de la Edad Media tal y como se reflejan en su literatura monástica, me hablaba una vez, si bien más con el horizonte de tiempos posteriores, de lo parsimonioso de la presencia del humorismo en nuestro sentimiento religioso. El tema es apasionante. Con que apuntémosle esa pequeña aportación que le hace el vate sevillano. Pues salta a la vista que de él habría mucho que decir. Y sí. Ese le bendice por ser una de sus devociones «santiguar» lo que bebe.

Y concretando, empieza por el haloque nuevo, es decir el clarete; para atacar el bocado más fuerte y de sustancia, sigue con el trasañejo, que adivinamos tinto; y antes del postre, termina con el del pichel, que se nos antoja blanco, «qué suavidad qué dulzura», que de él nos dice. El haloque se ha comprado en la taberna del Castillo, la cual hace el mejor precio. Y el poeta no nos lo ensalza así por estrechez económica sólo. Que le adivinamos una complacencia en lo que ello lleva consigo de generosidad, de abundancia del vino en sí, cual si se tratara de un milagro pero cuya prodigalidad además asombra por sí misma, y alegra la vida tanto cual el propio prodigio *a se*. En el que se recrea, luego de haber elogiado, y ello puro desenfado ya, «la invención delicada de la taberna», sea moderna o antigua, que el detalle erudito no le interesa. Porque «allí llego sediento, pido vino, de lo nuevo, mídenlo, dánmelo, bebo, págolo y voime contento». Y el caso es que Alcázar vivió siempre en Andalucía, salvo sus singladuras de milicia marítima. ¿Habría estado en éstas muy escaso del nectar? ¿Con que, qué reminiscencias le habrían quedado de haber arribado a las islas Feroes, donde el vino hoy en día sólo puede comprarse al por mayor, racionado y luego de estar al corriente en el pago de los impuestos, allí no parsimoniosos precisamente, sino a la medida de la socialdemocracia danesa? (17)

El poeta, pues, ha bendecido el vino. Y todavía recordamos que José María Gironella escribió en una ocasión señalar éste el límite del catolicismo. *Fecit ecclesias et plantavit vineas*, rezaba por su parte el epitafio de un obispo merovingio. Y lo bebe en taza y en bota. Presencia la de ésta en la mesa que es un toque más a la jovialidad, la que desde luego ya se nos ha hecho plenamente bonhomía, tipificadora ante todo de nuestra atmósfera.

(17) Véase MILLMAN L., *En los confines del mundo. Un viaje a los lugares más remotos del Atlántico Norte, siguiendo la ruta de los vikingos*, (Barcelona, 1991), págs. 36-56.

Bota que además está puesta, por añadidura en razón, por lo que debe estimarse el goteo, ya que vale un florín cada gota.

Y pese a los méritos de la taberna del Castillo, se acuerda también de la de Alcocer. ¿Sólo por la variedad de sus caldos? No. Estamos seguros de que también por la del ambiente sin más. Parejamente a cómo, en esta cena, con ser él un gastrónomo, *gourmet* y *gourmand* a la vez, que hace tanto honor al menú que lo toma por argumento, el primer plano, del poema, ha dado protagonismo ambivalente de éste a la suspensión de su relato. Porque la intriga en que nos ha dejado es otro placer agrídulce que se mezcla al del paladar.

Sin que debamos olvidar que es Inés quien lo ha preparado «Y asada por esas manos hechas a cebar lechones», que dice de ella, a propósito de su plato cardinal. Y a la que por cierto no la llama hermana en otra versión que tenemos de la pieza poética. Con que, ¿estaremos seguros de que lo era? Nosotros hemos conocido todavía gentes que empleaban ese vocablo de parentesco cual apelativo cariñoso que servía para dar calor a la mutua presencia. Puede ser el ama de llaves, una mera sirvienta incluso. Por don Francisco Rodríguez Marín sabemos que, en la realidad, Alcázar tuvo alguna de ese nombre. Pero el detalle importa poco, ya que, en todo caso, la fraternidad domina en el servicio en cuestión. Permaneciendo impoluta la índole doméstica de la escena y su escenografía. Es la conyugalidad lo que falta. Pero, lo reiteramos, suplida por la invitación latente a los familiares, a los amigos, a nosotros lectores y, ¿cómo no?, a las mujeres hermosas.

Con pan y vino se anda el camino. Algo en nuestro grato país tan consabido que, sólo en la segunda versión, el poeta lo expresa; «rebana pan; bueno está».

Y los vinos, ¿de dónde son? Francisco Delicado, en *La lozana andaluza*, asegura que había buenos haloques en Martos. Y en unos *Villancicos muy agradables de unas comadres y amigas del vino* (18), se mencionan los de Baeza, a la vez que el blanco de Guadalcanal, y los de Madrigal y Yepes, que «confortan la cabeza» unos y otros ¡Qué ajenos entonces a la evocación que el nombre de Guadalcanal iba a suscitar, por encima de cualquier otro y a lo ancho de las siete partidas del mundo, en nuestros días! ¡y cómo habrían suavizado aquellos caldos las heridas de tantos y tantos soldados

hundidos en la jungla de la isla tan ardorosa y lejana! Pero dejemos a nuestro siglo malhadado. Que nuestro poeta, tan contento de «tener la taberna por vecina», gusta de los «toques francos». Y «esto, Inés, ello se alaba; no es menester alaballo».

¿De dónde, pues, el haloque —y debe pronunciarse con la aspiración, no lo echemos en saco roto—, de la taberna del Castillo? ¿De Martos? ¿De Baeza? ¿Y el tinto? ¿Y el blanco? Pero, ¿quién sería capaz de contar las cepas que van de Jaén a Sevilla? *De mar a mar* otra vez, según el libro del Espíritu Santo.

Mas el yantar ya está a la vista.

MORCILLA CON PREFACIO Y EPÍLOGO

¿Está en el aderezo la esencia del arte culinario? Parece evidente. Pues, en otro caso, ¿dónde ponerla? Si bien, ello no quiere decir que siempre el tal sea también el elemento gastronómico predominante. Y a propósito de esto, el afamado cordero asado de mi pueblo natal, Sepúlveda, no lleva otro condimento que alguna manteca, y ello no siempre, Pero el secreto está en que el animal tiene el aderezo consigo, por haber convertido en él los pastos de la tierra.

Más, dando por bueno el dicho protagonismo de la salsa o sus equivalentes, acaso haya que convenir en que, cuando llegan a tener más trascendencia que la propia materia prima del manjar también, hay más posibilidades al despliegue artístico del cocinero. Con independencia de que, literalmente, haya o no mucho que cocinar.

Y éste es el caso de los dos primeros platos, de un mismo género, de nuestra cena:

*La ensalada y salpicón
hizo fin...*

Tanto es así que del salpicón, se dice poder consistir en cualesquiera bocados —por no derivar a otras acepciones tan amplias como aquí ajenas— hechos de pedazos menudos sin más. Algo por otra parte que no podía ser menos si tenemos en cuenta los ingredientes de su tal condimento, no sólo regios, sino sacramentales, que nos atraveríamos a decir, de la pimienta y la sal al aceite, pasando por la cebolla (19) y coronado por el vinagre todo ¡Y del vinagre sí escribió prosas tan deliciosas como él mismo el maestro Azorín, cuya sombra tutelar es inevitable que en este trance, en la cena de

Baltasar de Alcázar, nos acompañe siempre! Y cedemos a la imaginación del lector cualquier posible pretensión investigadora del salpicón del poeta.

¿Y de la ensalada? La Enciclopedia Espasa (20) enumera y describe las de achicoria, lechuga, apio, pepinos, espárragos, coliflores, judías verdes, cardos, zanahorias, trufas, legumbres cocidas, tomates, frutas mezcladas, naranjas y manzanas y, por añadidura judías verdes a la provenzal (21). Excluimos las que servirían de postres. Y tampoco nos pronunciamos. Pero sí transcribimos las sapientes advertencias de nuestro magno diccionario en el colofón del sustancioso artículo: «Las ensaladas crudas, en general, deben lavarse bien, pero no han de dejarse en el agua, sino que conviene escurrirlas y luego sacudirlas en una cestilla de alambre. No deben sazonarse tampoco de antemano, pues a veces se alteran, tomando un sabor desagradable. Para sazonar debidamente hay que disponer de aceite puro y refinado, así como de vinagre de primera calidad». Todo lo cual estamos seguros había puesto Inés en práctica sin necesidad de haberse leído proféticamente el Espasa. Pudiendo incluso sospechar fuera el aceite de la ciudad de don Lope, y el vinagre del Jerez a la del poeta vecino. Aunque no dejamos este capítulo sin una sugerencia que apuntaría, en todo o al menos en parte, a la llamada ensalada repelada, o sea «la que se prepara con diferentes hierbas, como mastuerzo, hinojo, pimpinela y otras» ¿No podemos atisbar, en una supuesta preferencia por ella de Baltasar, alguna conexión con su afán de escudriñar la naturaleza bajo sus pies y en torno?

Pero, ya es hora, con que al fin, y haciendo volver los ojos al más espeso y denso y fuerte de los vinos,

(19) Hace ya muchos años, y por eso no podemos precisar más, recordamos haber oído entrevistar a un militar inglés en la BBC de Londres, a propósito de su colección de libros de cocina, joyas bibliográficas bastantes, y algunos españoles. Y preguntado por su manjar preferido, respondió que el pan casero y la buena cebolla.

(20) En este caso, esta cita no requiere justificación, pues en el arte culinario del país el Espasa es sin más un testimonio de su buen comer en el primer cuarto del siglo XX. Pero aprovechamos la ocasión para romper lanzas en pro de la plena dignidad erudita con que se le puede traer a colación en cualesquiera otros ámbitos. A pesar de la enorme desigualdad de sus artículos, por cierto no firmados, y de abundar en errores, contiene una inmensa cantidad de noticias difíciles de encontrar en otro sitio, y en ciertos casos llega al tratamiento magistral y poco corriente por su extensión misma. Su repudio puede servir de señal identificadora de todo un género de pedantes. Por otra parte no hay que perder de vista otra cualidad que ha cobrado al envejecer: la de la amenidad de su lectura, tal y como acaba de subrayarlo el académico Antonio Mingote. Nuestra cita es de XX, 83-4.

(21) En acepciones separadas, incluye también la asturiana, la italiana, la rusa y la rubia.

*la morcilla, ¡oh gran señora,
Digna de veneración!
¡Qué oronda viene y qué bella
¡Qué través y enjundía tiene!*

A su vista, el poeta dialoga con Inés. Se complace en que también ella la deguste. Lo cual ya sabemos quiere decir que está haciéndonos idéntica invitación a todos nosotros; «¡cómo te va? Yo por mí sospecho que estás contenta».

¿Y qué clase de morcilla es la de nuestra *cena jocosa*? Nuestro anfitrión la llama *de cortesanos*. Pero eso no es sino un piropro más de los que la endecha, tanto que diríamos acentúa para ello si cabe su género de por sí femenino. Lo que ya en concreto sí nos consta es que es picante, tanto que por ello la llama cariñosamente *traidora* su cantor, y en consecuencia, *tal debe tener especias*. Con lo cual continuamos con el imperio, en los dominios del aderezo. Que dicho sea de paso, ¿no jugó lo suyo nada menos que en el impulso a las navegaciones que acabaron descubriendo el Nuevo Mundo que en este año estamos festejando? «Descubrimientos y pimienta» se titulaba el capítulo correspondiente de un grave manual inglés de historia. Y un último detalle, admirativo igualmente, *¡que llena está de piñones!* Un elemento, desde luego lleno de contenido y sustancia, pero poco identificador. Pues entra en la receta común, la de «se añade manteca de cerdo, cebolla, perejil, moscada, laurel, sal y pimienta, machacándolo y picándolo bien y agitando continuamente; suelen añadirse piñones, arroz...» Con arreglo a la cual nos podemos hacer la composición de lugar de la hacendosa y servicial Inés, merecedora así de los elogios de nuestro verso: «una vez preparada, se extiende sobre un lienzo blanco, antes de sumergirse en una marmita a medio llenar de agua tibia. Se mantiene ésta a una temperatura conveniente, sin llegar a la ebullición, durante un cuarto de hora, tiempo suficiente para que pueda cocerse bien. Se reconoce la cocción en que, pinchándola bien, no deja ya salir sangre. Se aparta la marmita del fuego y se extrae con precaución, sumergiéndola en agua fresca durante cinco minutos y depositándola sobre una mesa. Se acaba la cocción, ya a la parrilla, ya en la sartén».

Y hay que desengrasar. Aunque, ya lo veremos muy de inmediato, no sólo eso:

*Mas el queso sale a plaza,
la moradilla va entrando.*

Y esto, ¿no implica ya efectivamente un refinamiento? ¿No podemos evocar, a su conjuro, por cotidiano que nos parezca éste, tanto la Bética romana como el Andalus moro? El primero llega a sugerirnos algún paisaje de la dulce Francia. Y la segunda, esa la «aceituna morada, ya casi madura, que se suele sajar para enduzarla en agua», ¿no es la quinta esencia de las nuestras rellenas, pero sin pagar tributo alguno a las servidumbres bajo cuya férula han tenido que ser envasadas éstas ya? Que la reciedumbre de los rasgos con que el suegro de Velázquez dibujó a nuestro poeta no había de ser incompatible con delicadezas tales.

Mas decíamos que no sólo había que desengrasar, sino también continuar el riego medicinal, pues en efecto, *ambos vienen preguntando por el Pichel y la taza*. Hora que ya sabemos fue la del blanco. Y ello en el proseguirse, más y más animado, del estímulo fraterno:

*prueba el queso que es extremo,
el de Pinto no le iguala;
pues la aceituna no es mala,
bien puede bogar su remo.*

Y, a todo esto, ¿habremos bebido demasiado? Pues es el caso que Inés sólo ha encendido un candil, cual de costumbre, y a nuestro poeta se le pasa por la mente la vaga aprensión de ser una pareja. Pero no. Podemos estar descuidados. Y hasta tomarnos la última, que la penúltima ya no, pues además ello llevaría consigo «tomarla» en su acepción indenificada. Y lo decimos porque el anfitrión reconoce que *con este negro beber, se acrecientan los candiles*. No, el viejo soldado del marqués de Santa Cruz está tan alegre como cuerdo. Ese es el síntoma definitivo. Aunque no hubiéramos visto el retrato de su amigo. Y pese a que su última consista, como Inés sabe es lo a diario mandado, *en seis tragos de la bota llena*, inmediatamente antes de declarar «hecha la cena» y levantarse los manteles. Y levantar el poeta una cierta complacida acta notarial de la velada,

*ya que Inés hemos cenado
tan bien y con tanto gusto...*

Por mucho que aún podamos, por parsimonioso que el texto nos sea por estos vericuetos, volver sobre el menú, quién sabe en qué ocasión. Tras, tras de las huellas de ese queso que podía rivalizar con el de Pinto, ese oasis de vino y aceite en el centro peninsular castellano y a las puertas de la Villa y Corte, donde andando el tiempo sentaría sus reales el singular y tan popular novelista valenciano Enrique Pérez Esrich. ¿De dónde pudo venir el de la cena jocosa? ¿apelaremos al presentimiento que ya en Toledo se tiene

de las tierras del sur, y en una buena ocasión de oratoria se lo oíamos aseverar a nuestro cardenal primado?

Mas, don Baltasar se anticipa bondadosamente a nuestra súplica:

*parece que será justo
volver al tiempo pasado (22).*

LA SUSPENSIÓN INDEFINIDA

Y, efectivamente, nuestro anfitrión continúa el relato. Le dice a Inés que el criado portugués de don Lope cayó enfermo. Sólo que, en ese mismo momento, a la vez que dan las once, siente sueño, se despide sin otra expresión que la de dejarlo para mañana, y, hasta hoy, a este cabo de los siglos.

Con que, así las cosas, ¿podremos enfadarnos con él? ¿O nos esperanzará más la seguridad de llegar a tiempo de oírle el resto y sin prisa?

Aunque, mientras tanto, cualquiera de nosotros puede hacerse alguna sugerencia, descartar ciertas prisas y dar por buenas otras. Pero nada más. Pues, ¿quién osaría terminar la historia?

¿Acaso la enfermedad del criado era de las más particularmente suscitadoras de escrúpulos y don Lope los venció y dio gracias a Dios, mientras prestaba al paciente los cuidados más ejemplares, por haberle puesto en su camino esa ocasión de santificarse? ¿Quizás el confesor no tuvo tiempo de llegar, y el amo se quedó cual único depositario del último secreto del portugués, a su vez el punto de partida de toda una novela de las que antes se llamaban bizantinas? Y tanto que va de ésta al proceso de canonización entreverado. ¿Pudo ser el criado hijo natural del caballero giennense? ¿O su hermano? ¿O...? Pero no nos atrevemos demasiado a averiguaciones por estos vericuetos.

Mas, ¿por qué no había de ser la enfermedad pasajera, un hito y de paso nada más en el argumento? ¿Y entonces? Nos quedamos solamente con el doméstico lusitano. Aunque, ¿quién nos dice que ésto fuera otra co-

(22) Don ADOLFO DE CASTRO se muestra muy severo con este artificio. Luego de recordarnos le utilizó otras veces Alcázar (en *Óyeme, así Dios te guarde, que te quiero Inés contar*, y en *Revelóme ayer Luisa*, y en *Donde el sacro Betis baña*), deduce de ello haber sido éste «muy dado a copiarse». Pero esto no nos parece justo. Tengamos en cuenta se trata de un recurso genérico. Y por otra parte, y aunque ello sea remontarnos demasiado, a veces la reiteración lleva consigo una positiva fidelidad del creador a su inspiración y maneras propias. Recordemos a Julio Romero de Torres.

sa que el hito mismo? Con lo cual, ya las posibilidades se vuelven mucho más amplias, pero tanto que su evanescencia desborda las fronteras de cualquier irritación. Sólo tenemos a don Lope en Jaén. Mucho menos delimitado por lo tanto que la cena, la cual, sin embargo, dicho quede de paso, tanta libertad nos da, para elegir entre la ensalada, el salpicón, la morcilla picante y con piñones, las olivas moradas, el queso, y los vinos de los tres colores. Por eso tienen tanto futuro esos giennenses entrañables que anualmente resucitan el convite de don Baltasar. Que a elegir entre las tantas variedades queremos decir.

De manera que, sentimos ya sin margen a la duda, que fue mejor para el poeta se nos llevara la trama y el desenlace de su comenzada historia extraordinaria ¿O no fue la buena ventura la del conde Arnaldos, cuando se le escapó la canción sospechada tras de la vela del navegante misterioso mar adentro? Y, dejando lo inicialmente macabro de la situación, se nos viene a las mientes una escena protagonizada por Niels Steinsen, el futuro vicario apostólico del Norte lejano, mientras en el anfiteatro anatómico de la universidad de Copenhague, hacía, rodeado de sus alumnos, la autopsia de una joven hermosísima. Cortó un trocito de su piel muy blanca, la examinó al trasluz, se la mostró a ellos, y levantando la mirada a lo alto, les expresó lo más bellas que serían las cosas que se conocían con la mente y más todavía las que, de tan excelsas, se ignoraban, si las que se veían con los ojos llegaban a tanto. *Pulchra quae videntur, pulchriora quae noscuntur, longe pulcherrima quae ignorantur*. Su camino de la anatomía a la teología ya había empezado.

Y el caso es, que después de haberlo leído y meditado y dádole vueltas al todo y a las partes y por fuera y por dentro, el texto nos sigue aquí, venturosamente capaz de seguir haciendo lo mismo en un futuro indefinido.

ACCIPITE LIBRUM ET DEVORATE ILLUM

Y el azar ha querido que termináramos esta glosa justamente acabado un cuarto de siglo de que Azorín nos dejara. Julián Marías nos ha evocado cómo el maestro supo «contar el pasado hacia adelante. No como algo que pasó, sino como algo que va a pasar; situado en su lejana juventud, viéndola precisamente como un conjunto de proyectos». Y ¿no era lo mismo lo que hacía él con los clásicos? Y, ¿no es esta la lección suprema que un texto abierto ante nosotros al cabo del tiempo nos puede dar? Pere Gimferrer

ha hecho notar por su parte (23) cómo «la necesaria vuelta de Azorín a la estricta actualidad lectora debe partir del carácter audaz y singularísimo de esa solitaria aventura mediante la cual la fascinación por los objetos, por la contemplación fragmentaria de la realidad visible, por la cadencia temporal y, paralelamente a todo ello, por el ritmo de la prosa, el párrafo breve y la elección léxica y sintáctica inventiva, conducen a quien inicialmente era un heredero de los clásicos, a ser también uno de los precursores y creadores de la vanguardia» (24).

Y lo cierto es que, vuelta por última vez la memoria a nuestra *Cena jocosa* (25), nos conforta la seguridad de que, por encima de cualesquiera avatares de la evolución humana, esa cópula entre el lector y el texto no pasará. Sea oral o escrito.

Tan perennemente abierto el horizonte como podría ser una celebración suya en la fonda de la estación de Espeluy.

(23) Esta cita y la anterior son del ABC del 2 marzo de 1992.

(24) Precisamente en un país tan literario precisamente, presidida por la helenista Jacqueline de Romilly, alertando ante la reducción de los mismos a la tecnocracia del lenguaje y lo que se llama análisis social.

(25) Y no dejemos de recordar que, para don MARCELINO, en el autor de ésta, «la sal andaluza no tuvo que envidiar a la sal ática, recogida en el mismo mar donde nació Venus». *Historia de las ideas estéticas en España*, II, 2, pág. 628.